

«Una cena —dijo el notario de Madrid y procurador en Cortes por Huesca, Alberto Ballarín, en su discurso— sirve ante todo para restaurar las fuerzas». Asistíamos a la cena que las Juntas Provinciales de la Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes ofrecían en homenaje a su presidente, Manuel Cantarero del Castillo; y restaurábamos, aparte de nuestras propias fuerzas —con el Caldo de Ave Castellano, Pez Espada Danicheff y Ternera Asada en su Jugo—, las fuerzas que, como decía la convocatoria, luchan por «conseguir una cordial convivencia cívica entre todos los españoles, al margen de cualquier tipo de consideración o de significación política». La cena, cuyo anuncio había sido hecho unos días antes por medio de una inserción de las «de pago» en el diario «ABC», se celebraba en el gran salón del hotel Mellá Castilla, hotel «céntrico» para los efectos, aunque situado en un extremo de Madrid, con una asistencia que se podía calcular en unas cuatrocientas personas. El salón Dos Castillas no tiene nada que recuerde el estilo llamado castellano. Es más bien un salón de una fría y geométrica elegancia, con sus paredes tapizadas en marrón oscuro, sus apliques de nave espacial y una luz difuminada, un poco de ciencia-ficción, que nos hace flotar en una atmósfera de irrealidad. Un salón impersonal que lo mismo sirve para albergar una «convención» de los departamentos de «relaciones públicas» de empresas de detergentes o de empresas de sopas preparadas, que esta cena política de los «sanotes» ex muchachos del Frente de Juventudes.

El motivo inmediato de la cena, no obstante, era algo más que la pura restauración general de fuerzas a que Alberto Ballarín se refería. La cena tenía, como apuntó uno de los oradores, algo de «acto de desagravio» hecho a Manuel Cantarero por ciertos insinuantes comentarios con que la revista «Criba» glosaba en un reciente número el viaje de Cantarero a los Estados Unidos por invitación del Gobierno americano. La pueril insinuación —a estas alturas debería haber quedado ya perfectamente claro que el hecho de que un político acepte una invitación de este tipo no le hace sospechoso de nada absolutamente— fue tomada «a la valiente» por muchos de los miembros de la Agrupación y estuvo en el origen del homenaje de la otra noche. En los discursos que se pronunciaron a los postres apenas se aludió a esta cuestión que, al parecer, había suscitado una sesión tormentosa aquella misma tarde entre los delegados reunidos en Madrid. Manuel Cantarero se limitó a hacer una alusión a «los duendes» que habían rondado la cena que se le ofrecía, perturbando en algo la satisfacción que le proporcionaba. El vicepresidente primero de la entidad, que ofreció el homenaje, dijo, en una frase que fue muy aplaudida, que «el espectador más canijo es siempre el que más insulta al atleta en el ring». Aparte de esto, el tema de las insinuaciones de «Criba» pasó a un segundo plano y los oradores eligieron el más interesante camino de hablar de política.

Mientras se servía el café se leyeron las adhesiones recibidas, entre ellas, las significativas de Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes; Labadie Oterín, Nicolás Franco, Utrera Molina, Ortí Bordás, etcétera. Algunas de las frases de las adhesiones y también de los discursos que siguieron tenían un indudable interés para el estudio del lenguaje político del régimen. Había mucha entrañable amistad, entrañable camaradería y entrañable abrazo. Había también muchas imágenes militantes: la lucha, el combate, la lealtad, los hombres de esta dotación. O deportivas: el maratón de la política española, el atleta del aperturismo. Se hablaba de «vocación casi mística». Un adherente hacía votos para que «el espíritu se imponga a la materia». Y otro, haciendo una inversión verdaderamente copernicana en el uso de los conceptos, decía que «necesitamos una España sin mando». En algo se tenían que notar, evidentemente, los precedentes «campamentales» de la reunión. El tratamiento que entre sí se daban los oradores estaba dominado por el universal tuteo falangista. He asistido a cenas políticas en las que los intervinientes, al levantarse a hablar, solían de-

cir frases como: «El ilustre orador que me ha precedido en el uso de la palabra». En el Frente de Juventudes no se estilaba nada parecido. Llamándose como se llama Cantarero, Manuel, se estaba oyendo todo el tiempo decir: «Manolo, sigue en la brecha», «Manolo es para nosotros un símbolo», «necesitamos hombres como Manolo»...

Pero he de decir, y sería injusto afirmar lo contrario, que estos restos del lenguaje épico fuesen el elemento dominante de la cena del Mellá Castilla. No. Se habló en tono realista y sin concesiones a la retórica. Abrió el turno el vicepresidente primero de la Agrupación, el barcelonés Enrique Riberola, recordando que si la entidad había sido creada «bajo auspicios nostálgicos», sus componentes no eran hombres a los que se pudiera convocar «para simples evocaciones». Ya en 1965, en un tiempo en que nadie hablaba todavía de apertura y en que tal palabra podía resultar escandalosa para muchos, dijo Riberola, los miembros de la Agrupación firmaron un documento-compromiso en que se hablaba de «nuevos cauces de apertura», de «arrinconar viejos prejuicios y viejas renci-

llas» y de la necesidad de analizar los problemas españoles con criterios «profundamente realistas». El ideólogo del grupo, dijo Riberola, fue Cantarero del Castillo. Alberto Ballarín, por su parte, recordó los bellos tiempos de la «primavera del asociacionismo», hace ahora tres años, cuando Cantarero y él mismo daban la común batalla, hoy perdida, en pro de las asociaciones. Al evocar la asociación propuesta por Cantarero, Reforma Social Española, y la que él mismo había fundado en caso de haber triunfado el asociacionismo, Ballarín hizo reír al auditorio al decir: «Desde luego, la mía habría quedado a la derecha de Manolo, como yo ahora estoy en esta mesa». En efecto, Ballarín estaba a la derecha de Cantarero y Rodolfo Martín Villa (en la mesa, se entiende) a la derecha de Ballarín. Dijo el procurador por Huesca que Cantarero había planteado el tema del socialismo sin abandonar el régimen, «sin caer en la oposición». La siguiente frase de Ballarín suscitó algunas voces de disenso. «Sofábamos —dijo— con dos tendencias. La derecha de las luces y la generosidad y la izquierda de la moderación». Dijo que el discurso de Girón en Valladolid había sido para él un consuelo, tras la derrota de su plataforma asociacionista, y elogió a Cantarero diciendo entre otras cosas: «Tu papel es el más difícil, porque si hay una cosa difícil en el mundo es ser de izquierdas y que se lo perdonen a uno».

Fanjul Sedeño tuvo en su intervención frases muy felices. Contó que Cantarero y él se habían conocido en las elecciones de 1967 y se hicieron tan amigos que un día, al salir de un colegio electoral, alguien dijo: «Caramba, el candidato norteamericano y el republicano juntos». Resumió el programa de Cantarero diciendo que se basa en dos postulados: primero, que no se puede partir de cero, sino de una situación legalmente constituida. Y segundo, que es indispensable la autenticidad y el perfeccionamiento democrático. Tuvo un aplauso general cuando dijo, atacando a los inmovilistas: «Lo único que produce encerrarse en los sótanos de la Cancillería es el derrumbamiento de la Cancillería». Se oyeron voces de «¡Diego Ramírez! ¡Diego Ramírez!». No olvidó, por supuesto, Fanjul atacar al mismo tiempo «al extremismo irredento» de una parte de la oposición. Cantarero, por su parte, cuando tomó la palabra, matizó algo más sus afirmaciones. Habló de «la violencia estructural que desencadena el morbo de la violencia minoritaria» y afirmó su creencia de que «la paz es posible», si de la vida española se destierra la irracionalidad y se instalan en su lugar la razón y el amor, la presunción de buena fe del contrario y el espíritu de diálogo. «Los miembros del Frente de Juventudes —dijo— no fuimos ni vencedores ni vencidos. Muchos eran hijos de los que se llamaban entonces «rojos»...». Arrancó grandes aplausos entre sus seguidores cuando dijo que «nosotros no hubiéramos pensado que algún día esa fe se hubiera invocado para escribir en las paredes «fuera rojos» o «rojos al paredón»...». «No queremos un orden que consiste en que unos puedan ejercer la libertad y otros no puedan ejercerla. No queremos un orden de unos pocos, sino de todos». Contó que él solía decir, cuando hablaba ante un auditorio falangista: «¿Os imagináis una sociedad en que os negaran la posibilidad de ser falangistas? Pues si os lo imagináis comprenderéis por qué pueden muchos decir ahora que se les aplica la ley del embudo». Añadió que la libertad que él proponía no era una libertad para hacer una subversión nihilista, sino una libertad contenida en un orden. «La dialéctica régimen-antirégimen —dijo— ha dejado de tener sentido. La dialéctica es hoy entre el democratismo y el totalitarismo. Proponemos que se alien los racionales de dentro y de fuera. Los demócratas de dentro y de fuera... y que se promueva una alianza constitucional de estas tendencias...».

Así transcurrió la cena de Manuel Cantarero en el salón Dos Castillas. Se dijeron en ella algunas cosas. Quedaron también planteadas algunas preguntas. Su solución, como suele decirse, en el próximo número. ■ LUIS CARANDELL. Foto: MANUEL S. URÍA.

silla de pista

LA CENA DE CANTARERO

